



# Tana French

---

EL EXPLORADOR

Una desaparición. Un pueblo pequeño. Una pregunta pendiente de respuesta...

Cal Hooper pensaba que retirarse a un pueblo perdido de Irlanda y dedicarse a reformar una casita sería la gran evasión. Después de veinticinco años en el cuerpo de policía de Chicago, y tras un divorcio doloroso, lo único que quiere es construir una vida nueva en un sitio bonito donde haya un buen pub y nunca pase nada.

Hasta que un buen día un chico del pueblo va a verlo para pedirle ayuda. Su hermano ha desaparecido y a nadie parece importarle, menos aún a la policía. Cal no quiere saber nada de ninguna investigación, pero algo indefinido le impide desentenderse.

Cal no tardará en descubrir que incluso en el pueblecito más idílico se escoden secretos, la gente no es siempre lo que parece y los problemas pueden venir a llamar a tu puerta.

La que es la más brillante escritora de suspense de nuestros días teje un magistral relato que corta la respiración por la belleza y la intriga que destila, al tiempo que reflexiona sobre cómo decidimos lo que está bien y lo que está mal en un mundo en que ni lo uno ni lo otro es tan sencillo, y a qué nos arriesgamos cuando nos equivocamos.

## Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

Agradecimientos

*Para Ann-Marie*

# 1

Cuando Cal sale de la casa, los grajos han atrapado algo. Hay un corrillo de seis en el jardín trasero, entre el césped crecido y mojado y los hierbajos de flores amarillas, venga a meter baza y brincos. Sea el bicho que sea, es tirando a pequeño y todavía se mueve.

Cal deja en el suelo la bolsa de basura con el papel pintado. Se plantea sacar el cuchillo de caza y ahorrarle la agonía al animal, pero los grajos llevan allí mucho más tiempo que él y sería bastante impertinente por su parte irrumpir de esa manera y empezar a cuestionar sus costumbres. Se decanta en cambio por agacharse y sentarse en el escalón musgoso, con la bolsa de basura al lado.

Le gustan los grajos. Ha leído en alguna parte que son más listos que el hambre; pueden llegar a conocerte, incluso a traerte regalos. Lleva ya tres meses intentando camelárselos a fuerza de dejarles sobras en el tocón grande que hay al fondo del jardín. Cada vez que atraviesa de un lado para otro el césped, los pájaros no le quitan ojo desde el roble enfundado en hiedra donde tienen instalada su colonia y, en cuanto vuelve a estar a una distancia prudencial, caen en picado para reñir y discutir a voz en grito por las sobras; eso sí, sin dejar de mirarlo de reojo con su cinismo, y, si Cal intenta acercárseles, se van de vuelta al roble, desde donde poder burlarse de él y tirarle ramitas a la cabeza. Ayer mismo por la tarde estaba en el salón quitando el papel pintado enmohecido cuando un grajo de tamaño mediano, muy reluciente él, aterrizó en el poyete

de la ventana abierta y profirió lo que claramente era un insulto para luego irse aleteando sin más, riendo tan panchito.

El animal del jardín se retuerce desesperado, vapuleando el césped crecido. Un grajo alfa se acerca a saltos, lo apuñala con un feroz y limpio picotazo y en el acto la presa se queda inmóvil.

Un conejo seguramente. Cal ha visto muchos a primera hora de la mañana, mordisqueando la hierba y saliendo disparados entre el rocío. Las madrigueras las han hecho en algún punto del campo que tiene atrás, cerca de un bosquecillo que hay con avellanos y serbales. En cuanto le tramiten el permiso de armas de fuego, su idea es comprobar si no se le ha olvidado lo que le enseñó su abuelo sobre cómo desollar los animales que cazaban y, si se digna el terco ancho de banda, agenciarse una receta de conejo estofado. Algunos grajos se apiñan en torno a la presa y le meten picotazos contundentes, preparando ya las garras para arrancar trozos de carne conforme otros tantos bajan disparados del árbol para no perderse el festín.

Cal los observa un rato mientras estira las piernas y mueve el hombro haciendo círculos. La reforma de la casa está haciéndole utilizar músculos cuya existencia había olvidado. Todas las mañanas se levanta con un dolor nuevo, aunque posiblemente más de uno le venga por dormir en un colchón cutre sobre el suelo. Está demasiado mayor y le sobra corpulencia para esa precariedad, pero tampoco tiene sentido meter muebles buenos en la casa mientras haya polvo, humedad y moho. Ya lo comprará todo cuando haya puesto a punto la casa y averigüe dónde se compran (antes esas cosas eran jurisdicción de Donna). Entretanto, tampoco le importan mucho los dolores; es más, se siente satisfecho. Al igual que las ampollas y los callos cada vez más gruesos, son cosas tangibles, una prueba ganada con sudor de lo que es ahora su vida.

Están ya metidos en uno de esos atardeceres frescos de septiembre que se dilatan y se dilatan, aunque las nubes son tan numerosas que no hay ni rastro de puesta de sol. El cielo, vetado de sutiles escalas de grises, se extiende hasta el infinito al igual que los campos, cifrados en tonos de verde según sus múltiples usos y separados por setos desmelenados, albarradas y alguna que otra carreterilla vecinal. Hacia el norte, una hilera de montes bajos despliegan sus curvas por el horizonte. Todavía tiene que acostumbrársele la vista a poder mirar a tanta distancia después de décadas bloqueada por edificios. El paisaje es una de las pocas cosas que conoce en donde la realidad no te defrauda. El oeste de Irlanda tenía una pinta preciosa por internet, pero, ya en todo su meollo, es incluso mejor. El aire está tan cargado de olores como un especiado bizcocho de frutos, como si hubiera que hacer algo más con él aparte de respirarlo; pegarle un buen bocado quizá o restregártelo por la cara.

Al rato, los grajos bajan el ritmo, apurando ya la comida. Cuando Cal se pone en pie y recoge la bolsa de basura, al punto los pájaros le lanzan miradas avispadas y, en cuanto empieza a atravesar el jardín, levantan el vuelo como pueden con el buche lleno y aletean hasta el árbol. Deja la bolsa en una esquina del ruinoso cobertizo de piedra tomado por las enredaderas, no sin antes detenerse por el camino para ver qué se han zampado los grajos. Sí, conejo, jovenzuelo, ya casi irreconocible.

Suma la bolsa de basura al resto y se vuelve a la casa. Ya casi ha llegado cuando los grajos salen disparados, dejando tras de sí un reguero de hojas y poniendo verde a algo. Cal ni se vuelve ni interrumpe el paso; se limita a decir, en voz muy baja y entre dientes, mientras cierra la puerta trasera al entrar:

—Hijo de perra...

Alguien lleva observándolo desde hace una semana y media; puede que incluso más, pero ha estado muy en-



frascado en la reforma y ha dado por hecho en todo momento –como cualquiera tendría derecho a hacer en medio de semejante espacio vacío– que estaba solo. Ha tenido apagado el sistema de alarma mental, tal y como quería. Hasta que una noche que estaba haciendo la cena –friéndose una hamburguesa en el único fuego decente de la cocina, roída por el óxido, con Steve Earle sonando bien alto por el altavoz del iPod y él sumando de vez en cuando redobles de unas baquetas imaginarias– le llameó la nuca.

Después de más de veinticinco años en el cuerpo de policía de Chicago, tiene la nuca más que entrenada y se la toma muy en serio. Dio unos cuantos pasos por la cocina como quien no quería la cosa, cabeceando al ritmo de la música y escrutando la encimera como si buscara algo para luego, de repente, pegar un salto hasta la ventana: nadie fuera. Apagó el fuego y salió corriendo hacia la puerta, pero el jardín estaba vacío. Fue rodeándolo bajo un millón de estrellas bravías y una luna llena de hombres lobo, con gañidos de búhos y los campos extendidos alrededor en toda su blancura: nada.

Habría sido algún animal, se dijo, y la música habría ahogado el sonido hasta el punto de que solo lo había notado él en el subconsciente. Por esos lares hay mucho tra-siego en la oscuridad. Varias veces se ha quedado en el escalón bien pasadas las doce, tomándose unas cervezas y cogiendo confianza con las noches de allí. Ha visto erizos que trajinaban por el jardín o el zorro aquel de pelaje reluciente que hizo una escala en su trayectoria para lanzarle una mirada que era puro desafío. En otra ocasión un tejón, con un tamaño y unos músculos que Cal no habría imaginado en un animal así, avanzó pesadamente en paralelo al seto y desapareció en su interior; al minuto sonó un chillido agudo y luego el tra-jín del mismo tejón al salir. A saber lo que podía rondar por ahí fuera...

Aquella noche, antes de acostarse, dejó en el poyete de la ventana del dormitorio las dos tazas y los dos platos

que tenía y arrastró un viejo secreter contra la puerta. Luego se dijo que estaba agilipollado y lo retiró.

Un par de días después, estaba él una mañana quitando el papel pintado, con la ventana abierta para que se fuera el polvo, cuando los grajos volaron de su árbol como en un estallido, gritándole a algo a sus pies. La rápida concatenación de roces de lo que se alejó por detrás del seto sonó demasiado fuerte para ser de un erizo o un zorro, ni siquiera pudo ser de un tejón. Para cuando salió al jardín, llegaba tarde... otra vez.

Seguramente no fueran más que unos críos aburridos que andaban espiando al vecino nuevo. Tampoco había mucho más que hacer por allí, con un pueblecito que era una cosa ínfima y la ciudad, por llamarla de alguna manera, más cercana a treinta kilómetros. Se sentía ridículo por siquiera plantearse que pudiera ser cualquier otra cosa. Mart, el vecino que vivía un poco más adelante en su misma carretera, ni se molestaba en cerrar la puerta con llave, salvo por las noches. Cuando Cal arqueó una ceja ante aquel comentario, Mart arrugó esa cara de pómulos altos que tiene y se rio hasta quedarse sin aliento.

—Pero ¿tú la has visto? —dijo señalando la casa de Cal—. ¿Qué iban a robarte? ¿Y quién? ¿Qué crees, que me voy a colar yo una mañana en tu casa y voy a mirarte la colada a ver si encuentro algo que me arregle el gusto para la ropa?

A lo que Cal tuvo que reírse también y responderle que tampoco le vendría mal, tras lo cual su vecino le hizo saber que el guardarropa que tenía le iba que ni pintado, más que nada porque no tenía intención alguna de salir a enamorar, y pasó luego a explicarle las razones.

Pero ha habido cosas; sin importancia, solo cosas que le parpadean fugazmente por los bordes del instinto policial. Motores revolucionados a las tres de la madrugada por carreteras perdidas, gruñidos y borboteos de torsos anchurosos. Algunas noches, un grupito de tipos al fondo

del pub, demasiado jóvenes y vestidos con ropa que desentona en el pueblo, hablando demasiado alto y rápido en acentos que lo descuadran; la manera de girar la cabeza como un resorte cuando Cal entra por la puerta, esas miradas que se sostienen un segundo más de la cuenta. Se ha cuidado mucho de no contarle a nadie a qué se dedicaba antes, pero a veces con ser de fuera te basta y te sobra, según...

Tonterías, se dice Cal mientras enciende el fuego bajo la sartén y se queda mirando por la ventana los campos verdes, que se oscurecen ya, y, a lo lejos, el perro de Mart, que trota al lado de las ovejas, ya de camino tranquilamente al establo. Ha pasado tantos años patrullando por barrios chungos que ahora cualquier peón del campo le parece un pandillero.

Niños aburridos, apuesta segura. De todas formas Cal ha empezado a no poner la música muy alta para no perder puntada, e incluso se ha planteado instalar un sistema de alarma, aunque la idea lo revienta. Con la de años que se ha pasado con Donna corriendo a bajar el volumen: «Cal, ¡que el crío de al lado quiere dormir! Cal, la señora Scapanski está recién operada, ¿tú crees que lo que necesita es que le rompas los tímpanos con eso? Cal, ¿qué van a pensar los vecinos, que somos unos incivilizados?». Si quiso tener tierras fue en parte para poder poner a Steve Earle tan alto que las ardillas se tambaleasen en los árboles; y además quiso que estuviera en el culo del mundo para no tener que volver a instalar una alarma en su vida. Tiene la sensación de, por ejemplo, no poder ni recolocarse los cataplines sin tener que mirar de reojo cuando cualquiera debería de poder hacer eso en su propia cocina. Críos o no críos, tiene que zanjar esta historia sí o sí.

En Chicago lo habría solucionado con un par de camaritas discretas que subieran las grabaciones directamente a la nube. Aquí, incluso aunque su wifi lograra soportarlo, cosa que duda, le toca la moral la idea de llevar lo graba-

do a la comisaría más cercana. No sabe lo que podría desencadenar: rencillas vecinales o que resulte que el mirón sea primo del agente o vete tú a saber.

Ha barajado la posibilidad de poner cables-trampa. En teoría son ilegales, pero Cal está convencido de que no sería mucho problema: Mart ya se ha ofrecido dos veces a venderle una escopeta sin licencia que tiene por ahí guardada y allí todo quisque vuelve del pub en coche. El problema, de nuevo, está en no tener ni idea de qué podría provocar.

O de lo que ya ha desencadenado. Por las cosas que le cuenta Mart, ha empezado a hacerse una vaga idea de lo que pueden llegar a enredarse las cosas por allí y de lo mucho que hay que fijarse en dónde se mete uno. No-reen, que regenta la tienda de la breve hilera doble de edificios que constituye el pueblecito de Ardnakelty, no trae las galletas que a Mart le gustan por culpa de una enrevesada película sucedida en la década de los ochenta y protagonizada por los tíos de ella, el padre de Mart y unos derechos de pastoreo; a su vez, su vecino no le habla a un granjero de nombre impronunciable que vive al otro lado de los montes porque el tipo compró un cachorro que era cría del perro de Mart cuando por alguna razón no debía serlo. Hay más historias por el estilo, pero Cal no se las sabe todas bien porque su vecino habla en grandes giros generales y porque en realidad todavía no tiene bien hecho el oído al acento de la zona. Le gusta –igual de cargado que el aire, con un punto afilado como una aguja que le hace pensar en agua fría de río o en vientos serranos–, pero se le escapan trozos enteros de conversaciones, o se distrae escuchando el soniquete, y entonces ya apaga y vámonos. Pero ha deducido lo suficiente como para saber que, si se ha sentado en el taburete de otro en el pub o ha atrochado por una finca que no debía durante algún paseo, eso podría significar algo.

Cuando llegó, se había hecho a la idea de encontrarse con las filas cerradas en contra del forastero. No tenía problema con eso siempre y cuando nadie le incendiara la casa; no andaba buscando colegas para jugar al golf ni invitaciones a cenar. Las cosas, sin embargo, resultaron ser distintas. La gente se mostró amable, buenos vecinos. El día que llegó y se puso a sacar y meter cosas en la casa, Mart apareció por allí, se apoyó en la verja, lo sondeó para sacarle información y acabó trayéndole una vieja minivera y recomendándole un buen almacén de materiales de construcción. Noreen le había explicado quién era el primo de no sé qué grado de quién y cómo apuntarse a la confederación de regantes, y –con el tiempo, una vez que la hizo reír varias veces– la mujer empezó a ofrecerse, medio en broma medio en serio, a emparejarlo con su hermana la viuda. Los vejetes que parecían vivir directamente en el pub habían pasado de los saludos con la cabeza a los comentarios breves sobre el tiempo e iban ya por las explicaciones apasionadas sobre un deporte llamado *hurling*; Cal tiene la impresión de que es lo que te quedaría del hockey sobre hielo si conservaras la velocidad, la destreza y la ferocidad, pero quitaras el hielo y casi toda la equipación protectora. Hasta la semana pasada había tenido la sensación de que, si no exactamente recibido con los brazos abiertos, sí al menos había sido aceptado como un fenómeno natural de interés moderado, tal que una foca a la que le hubiera dado por instalarse en el río. Por supuesto, siempre sería el forastero, pero le daba la impresión de que eso tampoco suponía gran cosa. En estos momentos no lo tiene ya tan claro.

El caso es que hace cuatro días Cal fue en coche a la ciudad y compró un saco grande de tierra para el jardín. Es consciente de lo irónico que resulta comprar más tierra cuando acaba de gastarse gran parte de sus ahorros en cuatro hectáreas de eso mismo, pero la que tiene él es basta y terrosa, atravesada de raíces de gramíneas y pie-

drecitas afiladas. Para sus propósitos necesitaba una más suelta, húmeda y regular. Al día siguiente se levantó antes del amanecer y echó una buena capa en paralelo a los muros exteriores de la casa, por debajo de cada ventana. Tuvo que quitar algunos hierbajos y trepadoras y apartar guijarros para conseguir una superficie lisa en condiciones. Hacía un frío considerable que se le colaba hasta el fondo de los pulmones. Poco a poco los campos fueron aclarándose a su alrededor y los grajos se despertaron y empezaron con sus rencillas. Cuando el cielo ganó en luz y se oyó a lo lejos el silbido imperioso de Mart, que llamaba a su perro pastor, Cal arrugó el saco de tierra, lo metió al fondo del cubo de la basura y entró a desayunar.

A la mañana siguiente, nada; a la otra, nada. Seguramente había estado más cerca de pillarlo de lo que creía esa última vez y había debido de darle un buen susto. Se enfrascó en sus labores y apartó la vista de las ventanas y los setos.

Hoy por la mañana, pisadas, en la tierra bajo la ventana del salón. De zapatillas de deporte, a juzgar por el dibujo parcial de las suelas, aunque las huellas estaban demasiado rayadas y solapadas para saber cómo eran de grandes o cuántos pares había.

La sartén está caliente. Cal echa las cuatro tiras de panceta, una que es mucho más carnosa y sabrosa de a lo que está acostumbrado, y, en cuanto la grasa empieza a chisporrotear, añade dos huevos. Se acerca al iPod, que vive en la misma mesa de madera donde él come, heredada con la casa –actualmente el total de sus muebles asciende a esa mesa, un secreter de madera con un lateral estropeado, dos sillas de formica que son una birria y un grueso sillón verde que el primo de Mart iba a tirar–, y pone un disco de Johnny Cash, no muy alto.

Si hubiera hecho sin querer algo que cabreara a alguien, lo que se llevaría la palma sería haber comprado la casa. La escogió por internet basándose en que tenía tie-

rras, había buena pesca cerca, el tejado no tenía mala pinta y sentía curiosidad por ver qué eran esos papeles que sobresalían del viejo secreter. Hacía mucho que no le había dado por hacer ninguna locura por el estilo y llevarla a la práctica, lo que parecía razón de más para hacerlo. La inmobiliaria pedía treinta y cinco mil. Él ofreció treinta, en metálico. Poco más y se los quitan de la mano de un morisco.

En el momento no se le ocurrió que pudiera quererla nadie más. Es una casa baja, gris, sin nada especial, con una construcción de la década de los treinta, menos de cincuenta metros cuadrados, tejado de pizarra y ventanas de guillotina; lo único que le da cierto toque de elegancia son las grandes piedras angulares y la enorme chimenea de piedra. A juzgar por las fotos de la web, llevaba años abandonada, décadas seguramente: con grandes tiras de pintura desconchada y humedades, habitaciones atestadas de muebles oscuros y volcados y cortinas de flores en descomposición, por no hablar de los plantones que nacían delante de la puerta y las enredaderas que entraban por una ventana rota. Con todo, desde entonces ha aprendido lo suficiente para comprender que sí que pudo haber alguien más interesado en la casa, por mucho que las razones no fueran evidentes a simple vista, y que cualquiera que creyese poder reclamarla como propia seguramente se lo tomara muy a pecho.

Sirve la comida sobre dos gruesas rodajas de pan, le echa kétchup por encima, saca una cerveza de la minivera y lo lleva todo a la mesa. Donna le habría metido caña por cómo está comiendo últimamente –poca fibra y pocas verduras frescas–, pero lo cierto es que, incluso viviendo a base de sartén y microondas, ha perdido un par de kilos, puede que más. Lo nota, no solo en la cinturilla del pantalón, sino también en los movimientos: es sorprendente, pero todo lo que hace tiene una ligereza nueva. Al principio le resultaba desconcertante, como si se